

Borges acota: «No consideremos el despertar, consideremos el momento del sueño; o uno de los momentos». Nunca sabremos si Chuang Tzu vio un jardín sobre el que parecía volar o un móvil triángulo amarillo, que sin duda era él, pero nos consta que la imagen fue subjetiva, aunque la suministró la memoria. La doctrina del paralelismo psicofísico juzgará que a esa imagen debió de corresponder algún cambio en el sistema nervioso del soñador; según Berkeley, no existía en aquel momento el cuerpo de Chuang Tzu, ni el negro dormitorio en que soñaba, salvo como una percepción en la mente divina<sup>15</sup>.

El tema aparece nuevamente en «El Sueño de Coleridge», desde ángulos distintos: «¿Qué explicación preferiremos? Quienes de antemano rechazan lo sobrenatural (yo trato, siempre, de pertenecer, a ese gremio) juzgarán que la historia de los dos sueños es una coincidencia, un dibujo trazado por el azar, como las formas de leones o de caballos que a veces configuran las nubes». «Si no narra el esquema, alguien, en una noche de la que nos apartan los siglos, soñará el mismo sueño, no sospechará que otros lo soñaron y le dará la forma de un mármol o de una música. Quizá la serie de los sueños no tenga fin, quizá la clave esté en el último»<sup>16</sup>.

Jardín, olvido, espejo y sueños vuelven a tentarlo en «El jardín de senderos que se bifurcan»: «A pesar de mi padre muerto, a pesar de haber sido un niño en un simétrico jardín de Hai Feng ¿yo, ahora, iba a morir?»<sup>17</sup>. En «Borges y yo» (donde cita también a Spinoza) escribe: «Así mi vida es una fuga y todo lo pierdo y todo es del olvido, o del otro. No sé cuál de los dos escribe esta página»<sup>18</sup>. Y en *Los espejos*:

Dios ha creado las noches que se arman  
De sueños y las formas del espejo  
Para que el hombre sienta que es reflejo  
Y vanidad. Por eso nos alarman<sup>19</sup>.

El judaísmo es un tema al que Borges dedica numerosos trabajos<sup>20</sup>. Ya en 1923 escribe poemas como «Judería»<sup>21</sup>, y en 1969, «Israel, A Israel» e «Israel 1969»<sup>22</sup>.

A propósito del artículo «Yo, judío», publicado en 1934, Emir Rodríguez Monegal escribe: «Al contestar a unas acusaciones de la revista *Crisol*, netamente antisemita, Borges escribió esta pieza satírica sobre sus supuestos antepasados. En su lista de tribus extintas incluye hasta los mitológicos centauros. Este chiste sirve para atenuar las implicaciones más desagradables del tema. Si ser judío significa haber tenido algún antepasado judío, por más remoto que éste sea, entonces, ¿quién puede estar seguro en España y Portugal, de tener por lo menos un transabuelo/a de ese origen? Desde este punto de vista, ser (o no ser) judío carece de todo sentido. Al llevar el argumento hasta el absurdo, Borges denuncia entre carcajadas la estupidez de sus adversarios. Hay, sin embargo, una ironía factual en esa búsqueda inútil. Por la rama materna de los Acevedo (la más católica y reaccionaria de la familia, según Borges ha contado) así como por la paterna de los Borges Ramalho, le llegaría la mítica sangre hebrea. Tal vez por esto, en sus últimos años ha dedicado más tiempo a estudiar la cultura y las letras de este origen»<sup>23</sup>. El mismo Borges escribe: «Como yo

<sup>15</sup> J.L. Borges, *Ficciones*, 1944.

<sup>16</sup> J.L. Borges, *Otras inquisiciones*, 1952.

<sup>17</sup> J.L. Borges, *Ficciones*, 1941.

<sup>18</sup> J.L. Borges, *El hacedor*, 1960.

<sup>19</sup> *Ibíd.*

<sup>20</sup> Véase *Cronología especial referida a: Borges: el judaísmo e Israel*, por Mario E. Kohen, *Sejardica*, Buenos Aires, 1988.

<sup>21</sup> J.L. Borges, *Fervor de Buenos Aires*, 1923.

<sup>22</sup> J.L. Borges, *Elogio de la sombra*, 1969.

<sup>23</sup> Jorge Luis Borges *ficcionario*. Antología de sus textos, México, 1981.

me he criado dentro de la lengua castellana y dentro de la lengua inglesa, la Biblia entró en mí muy tempranamente. Luego vinieron aquellos años de la primera guerra mundial y paradójicamente fue, también, mi estudio del alemán lo que me llevó al hebreo, ya que puedo jactarme de ser el primer y muy imperfecto traductor de la obra de Martin Buber. Yo entré en el idioma alemán apenas desflorado por la poesía del judío Heine y por la prosa de Gustav Meyrink, el autor de *El Golem*. Y luego vino la traducción de la cábala»<sup>24</sup>.

A través de conferencias Borges examinó la cábala, Buber, citando paralelamente obras universales. Descubre con admiración la importancia de las palabras desde un sentido divino: «Cuando pensamos en las palabras, pensamos históricamente que las palabras fueron en un principio sonido y que luego llegaron a ser letras. En cambio, en la cábala (que quiere decir *recepción, tradición*) se supone que las letras son anteriores; que las letras fueron instrumentos de Dios, no las palabras significadas por las letras». Manifiesta Borges siempre, una tendencia coherente hacia los elementos fantásticos. De allí su fascinación sobre el Golem o el Aleph. «Querría hablar ahora de los mitos, de una de las leyendas más curiosas de la cábala. La del Golem, que inspiró la famosa novela de Meyrink, que me inspiró un poema. Dios toma un terrón de tierra (Adán quiere decir tierra roja), le insufla vida y crea a Adán, que para los cabalistas sería el primer Golem. Ha sido creado por la palabra divina, por un soplo de vida; y como en la cábala se dice que el nombre de Dios es todo el Pentateuco, salvo que están barajadas las letras, así, si alguien poseyere el nombre de Dios o si alguien llegara al *Tetrágramaton* —el nombre de cuatro letras de Dios— y supiera pronunciarlo correctamente, podría crear un mundo y podría crear un Golem también, un hombre»<sup>25</sup>.

Algo anormal y tosco hubo en el Golem,  
Ya que a su paso el gato del rabino  
Se escondía. Ese gato no está en Scholem  
Pero, a través del tiempo, lo adivino<sup>26</sup>.

En «La Muerte y la Brújula»<sup>27</sup> parte de algunos símbolos de la cábala. Acierta Delfín Leocadio Garasa cuando analiza el cuento: «La pista falsa es sugerida por una frase de la Kabbalah: *La primera letra del nombre ha sido articulada*». Se refiere al tetrágramaton o nombre de Dios. En la literatura de Borges todo es ambiguo y polivalente. En realidad, Dios tiene diversos nombres y, en su agnosticismo, Borges admite que pueda confundirse con la Muerte o la Nada. No olvidemos que en este cuento el detective y el asesino, la víctima y el victimario son una doble faz del mismo ser. Son como el Jano bifronte de la casa simétrica de Triste-Le-Roy (donde el crimen de verdad se consuma), el lugar señalado por la brújula de la interpretación libresca (cabalística). El que cae en la trampa y el autor de la trampa, que es también su prisionero, son el mismo, son distintas facetas del hombre, el único capaz de pronunciar el nombre de Dios y así crear a Dios y también a sí mismo<sup>28</sup>.

<sup>24</sup> Citado por Bernardo Ezequiel Koremlit en *El mundo judío de Borges, Sefardica, 1988*.

<sup>25</sup> J.L. Borges, *La cábala, 1980*.

<sup>26</sup> J.L. Borges, *El otro, el mismo, 1964*.

<sup>27</sup> J.L. Borges, *Artificios, 1944*.

<sup>28</sup> Delfín L. Garasa, *La Kabbalah y la muerte y la brújula, Sefardica, 1988*.

La aproximación a la Cábala fue —a mi juicio— básicamente literaria e intelectual, sin asomo de ciencia, fe o mística, si bien nutrida de una insaciable curiosidad. Sospecho que para Borges, la Cábala era —como la filosofía y la teología— una «especie de la literatura fantástica»; aunque fuese asimismo, «una especie espléndida»<sup>29</sup>, señala Najenson. Cansinos Asséns anota: «Gradualmente, en el curso de los años, él creó esta obra que todos admiramos, enorme y delicada, como la madurez de Verlaine, diversa y extraña —en que la realidad y el mito se funden como en Poe— donde los ecos de una antigüedad milenaria se amalgaman con impresiones totalmente nuevas —donde el Oriente y el Occidente estrechan sus almas— donde un hábil genio (que conoce todas las literaturas auténticas y apócrifas, el Talmud y la Cábala y la Gnosis, y que se inició en todas las filosofías) acaba jugando con las apariencias visuales y las realidades presentidas creando un universo de simples posibilidades, donde la luz es el ocaso y donde la imagen verdadera se confunde con la especular»<sup>30</sup>.

Spinoza es también estudiado por Borges y uno de sus sonetos («Spinoza»), incluido en *El otro, el mismo* (1964), recuerda al laberinto, al sueño, el espejo, el infinito:

Casi no existen para el hombre quieto  
Que está soñando un claro laberinto.  
No lo turba la fama, ese reflejo  
De sueños en el sueño de otro espejo,  
Ni el temeroso amor de las doncellas.  
Libre de la metáfora y del mito  
Labra un arduo cristal: el infinito  
Mapa de Aquél que es todas Sus estrellas.

Jaime Barylko escribió precisamente un ensayo sobre este poema, que finaliza de esta manera: «Tendrá claridad, pero claridad de laberinto. Y en última instancia se trata de superar todos los sueños pasajeros y dependizantes para llegar al sueño del Mapa infinito, porque no olvidemos que Spinoza “está soñando”...»<sup>31</sup>.

También María Rosa Lida de Malkiel recuerda la fascinación de Borges por el laberinto: «El laberinto, que con su repetición periódica complicada con el azar es para Borges la imagen favorita del tiempo y del espacio, puede hallarse simbólicamente, como en el paraíso, “inviolado y perfecto en la cumbre secreta de una montaña” (“El jardín de senderos que se bifurcan», en «Ficciones», pág. 115). Otras veces la atención a las moradas de ultratumba tal como las concibió el pasado («El inmortal», en *El Aleph*, pág. 9, y sobre todo «Del infierno y del Cielo» en *Poemas*, pág. 167) coexiste en Borges con la creación de una triste ciudad de los dioses, cuya monstruosa arquitectura irracional sugiere las ciudades muertas de la prehistoria asiática y precolombina, a la par de la pintura y escenografía contemporánea»<sup>32</sup>. Entre otras, *El Aleph* es sin duda, una de las obras maestras de Borges. El tema se introduce con habilidad luego de un comienzo narrativo que crea la participación de personajes en una serie de acontecimientos ligados geográficamente. En la esfera tornasolada el propio Borges descubre «el espacio cósmico», «las infinitas cosas», «el laberinto roto», «ese objeto secreto y conjetural», «el inconcebible universo». Al situarlo como *inconcebible* Borges

<sup>29</sup> José Luis Najenson, *Borges: tan universal y particular como el pueblo odiado-amado, Sefardica*, 1988.

<sup>30</sup> *Fechado en Madrid*, 1963.

<sup>31</sup> Jaime Barylko: *Las traslúcidas manos del judío, Sefardica*, 1988.

<sup>32</sup> María Rosa Lida de Malkiel: *La visión de tras-mundo en las literaturas hispánicas, en Howard Rollin Patch, El otro mundo en la literatura medieval, México*, 1956.